

A. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ



**a propósito
nuestro**

Murcia, 2003

a propósito nuestro

A. Rodríguez Hernández

a propósito nuestro

Murcia- 2003

Mi ángel guardián es un ángel de tiempo.

A. Rodríguez Hernández

Se autoriza la duplicación y distribución de este libro siempre que no se altere el contenido de su texto, se haga mención expresa al nombre del autor y su contenido no se use con fines lucrativos.

El resto de la obra del autor está disponible en:

<http://perso.wanadoo.es/arsdarh>

<http://www.elrodri.es.vg>

Diseño gráfico : José Rodríguez Velázquez

Dibujo portada e ilustraciones: David D´Loruiz

© **A. Rodríguez Hernández -2003**

Reg. Prop. Intelectual: Murcia Num: 0567 (23/10/2002)

a propósito nuestro

“Más allá del tiempo y de mi cuerpo
bebo. Lleno
de nuevo el vaso. Dejo
que lentamente el alcohol vaya cortando
los hilos que me unen a esta barbarie.

Y con la última
copa, la del desprecio,
brindo por los que aman como yo”.

De Museo de cera

José M^a Álvarez

1

Nadie sabrá nunca que tú y yo nos fundimos un día
en un pacto sin testigos.

Nadie sabrá nunca que, jubilosos,
lo llenamos entre los dos de aire nuevo.

Nunca sabrá nadie que lo pusimos, ansiosos,
al abrigo de todas las miradas
como un niño recién nacido,
sin esa buscada liturgia de armas ni fronteras
sino con esa indefensa lógica
de su realidad luminosa.

Se alzó entonces desnudo sobre nosotros
estableciendo su reino
y coronándose de amor tardío.

Tú y yo.

Devorados acaso los dos
por este pacto vestido de ilusión
que engendra noches y poemas, besos y promesas...

Tú y yo.

Otra vez la ruleta del amor canta su victoria.

Otra vez dos que se unen en el mismo seno
y son, de nuevo, uno.

¿Desde cuándo este tiempo es nuestro tiempo?

No digas nada.

2

Dónde estabas tú, pregunto, ¿dónde...?
Dónde tú en todo ese tiempo
en que la vida crece extinguiendo sueños.
Te presentía.
La espera siempre fue en mí la reina de lo gris
pero hasta en ella encontré huellas de tus pasos.
¿Quién eres tú? ¿por qué tú?
Suficientes razones.
Razones de más para buscar y esperar,
buscar y esperar, buscar y...
Y van pasando los años desenterrando horas muertas.
Muertas de ausencia.
La luz del ocaso se plega sobre sí misma
bajo el peso del horizonte
mientras mi historia se acerca al sol que le pertenece
sin sospecharlo siquiera.
Una y otra vez me vuelve la misma pregunta:
¿dónde tú tan lejana y desconocida,
tan inalcanzable y fugazmente atisbada
sin palabra exacta con la que nombrarte,
sin poniente que te ascendiera...?
Y tú disponible sólo para el tiempo: ayer, mañana, nunca...
en aquel lugar donde estuvieres
tan lejos de mis sentidos y mi memoria.

3

Nunca supe el límite.

Tampoco es que me importara mucho
porque las palabras no se reconocen a sí mismas
y quedan al final destruidas en su propia red
con absoluta precisión.

El amor siempre llega vestido de blanco,
sutilmente transparente, diáfano,
cruzando desde el otro lado de la línea del deseo.
Te asalta de improviso como malhechor
musicando tu silencio con señales de futuro.

Pero nunca sabes el límite.

Tan sólo su perpetua resurrección.

El amor es como una anegada claridad,
un tiempo roto,

una luz irreal, una premonición...
un monocorde ritmo acentuado con tu presencia,
una irresistible ascensión de mi carne
al húmedo olor de tu esperado cuerpo.

Hoy soy yo el que está vivo.

Hoy escribo afanoso cada noche

en el vértice de tu vientre:

“mi límite eres tú”.

4

El cuarto del motel.

Aparcado fuera el auto, como dormido.

El cálido “run-run” del acondicionador.

La penumbra.

Las sábanas revueltas.

La calidez de tu vientre donde me instalo.

¿Qué hora es?

El sudor compartido.

Las horas huyendo apacibles, una a una, sobre la tarde.

El silencio sobre el que exhalan vivaces

nuestros gemidos,

nuestros jadeos, nuestros besos.

Y una colección de sentimientos

sólo para nosotros, cayendo sobre nosotros,

vibrando para nosotros...

El saborear el jugoso fruto.

El brotar del íntimo manantial.

¿Qué hora es?

El reloj no sabe de historias.

La tarde no sabe de historias.

La habitación del motel sí sabe de esta historia.

Nuestra historia.

5

Y después de la nada nada,
todo un erial de frases sin palabras.

6

Es inútil volver a los mismos sitios,
es inútil buscar allí las mismas emociones y sentimientos.
Eso tan sólo es fervor y por nada vale
sino de consabida nostalgia.

Dime, mujer:
si ni tú ni nadie sabe
cómo medir la laxitud del pasado tiempo,
ni retornar sobre la niñez perdida,
ni maquillar los sentimientos sin dueño,
ni tan siquiera huir del deseo en la noche errante...
¿por qué no quieres volver entonces
a lo desnudo
de aquel primer amor?

Volvamos ¡sí! otra vez más
a los cuartos ciegos, a la orilla de la playa,
a la soledad de la floresta, a la trasera del auto,
al relámpago en la sangre...

Déjame sorber otra vez de tu vertical boca
aquel temblor de tu primer desnudo
y acéptame de nuevo en tus entrañas
para soñar juntos, mil veces más, el mismo sueño.
No te preguntes ya nada
y vivámonos...

7

¿Amor?

Principio y término.

Y el alma, alzada en llama,

que quiere ser luz... ¡tu luz!

Alma que en su vuelo se apasiona

y, queriendo vivir únicamente en su cima,

se ajusta dichosa al horizonte que cree suyo.

¿Amor?

Felizmente me regalas tu desnudez

y yo, soñándote en tu cuerpo una y otra vez,

con asombro descubro en él

el prodigio de tu seducción.

Contigo no hay sorpresas.

Todo tu impulso es vital, cierto, corpóreo

mientras el deseo arrebola en ti

todo el candor con el que te das.

¿Amor?

¡Sí! Debe de ser amor...

8

¿Adónde voy?

Yo, mi memoria y mi vacío.

Todo es laberinto donde comienzan mis senderos.

Se entrecruzan, se enredan,

se diluyen, se dilatan,

se muestran infinitos en el bosque de la vida...

La partida de la vida en el rincón amargo de la confusión.

Pero apareciste tú en alusiva presencia,

en turbadora desnudez,

despojada de sombra muda

y traduciendo sin saberlo mi arrodillado silencio.

Tal día como hoy, sí...

Como un destino,

como un regalo tantos años después.

¿Por qué?

La mejor pregunta quizás sea la que no se hace.

¡Qué más da ya!

Dame, pues, tu mano, tu voluntad y tu deseo

y huyamos

a cruzar de puntillas el tiempo que aún nos quede.

Tiempo, sur, calor, playa... ¡tú!

El amor no sabe de edades,

de campanas vacías ni de carnes en tránsito...

No cuenta fechas, se esconde,
viene de pronto, a hurtadillas como un ladrón
y tan sólo en su luz se manifiesta.
El amor escucha la sangre,
inflama en ella, desgranando su música,
el fuego arcano del deseo
haciéndola estallar así de mil formas,
en mil lugares
y sin apenas pretenderlo nosotros....
¡ nos contiene!

9

Escribo sobre tu cuerpo.

Un y otra vez hasta la radiante aparición del día.

En febril movimiento.

Y escribo allí, una a una, todas tus palabras

en sí mismas cumplidas.

Escribo sobre tu cuerpo.

Y tú, en la oscuridad de la alcoba,

sola,

blanca,

abandonándote...

mientras tu sombra y la mía son ya una misma sombra.

Lo oigo.

Tu pecho late al ritmo del mío.

Por un momento, tan sólo por un momento,

tu mano me busca

y me pone desnudo ante tu umbral.

Y un fragmento de mí, naufragando en tus entrañas,

entra en tu sombra

y te busca a tientas sin esperar respuesta.

Luego la respiración opaca,

el vértigo, la vorágine, la laxitud que llega.

Escribo sobre tu cuerpo, ¡sí!

Escribo en ti con ese lenguaje secreto

de mi tiempo presente.

Escribo sobre tu cuerpo
- cuaderno escolar de mis amorosos afanes -
con ese lenguaje que,
en medio de la noche
y jadeante de amor,
me hace buscar en ti, una y otra vez,
¡el prodigio de tu centro!

En la noche.
Oí tu llamada.
Conocí tu llamada.
Y mi cuerpo se alzó en llama
y echó a andar hacia ti.

10

Eres como el mar
que nunca sabemos si ríe o llora...
pero tus olas son las únicas olas
que me tienden sus manos.

11

Hube de encontrarte.
Ahora ya no sé muy bien si soy yo
el llegado
o el que espera
pero te presentía como un poema
de fechas incumplidas,
como un laberinto sin clave,
como la noche de mis noches...
desde las que te invitaba a acudir
aún sabiendo muy bien
lo que arriesgaba en esta partida.
Y tú, eco otoñal de mi fe,
como historia ritual de mi destino
descendiste solícita a mis noches,
penetraste radiante en mi velar nocturno
y hecha allí luz de transparencia
presides hoy, con tu cuerpo en mí,
el primer silencio de cada hora.
El amor no tiene cuerpo.
El morir tampoco.
¡Démonos prisa!
Pronto caerá el telón...

12

Haces dudar a mi tiempo.

Haces tambalearse los signos de mis noches.

Dormitas en mi memoria

atándome a tu aventura

- una y otra vez -

y cargando de presagios el final de este verano.

Y la noche se precipita en una víspera

de arrastrado paso.

Dame una hora más para vivir refugiado en tu música

y luego... ¿qué mas da?

Así soy y estoy.

Así somos y estamos.

Y la mano de Dios nos sostiene

luchando, entre círculos de fuego,

contra todo lo imposible.

Amarraré mis informes palabras

al ruido de la carne en la noche

y me aferraré a ti,

convertida ya en mi único paisaje,

en esa sagrada inexactitud

con la que enciendes y apagas a voluntad....

¡mi voluntad!

13

Despacio vamos tras nuestro destino
vagando de carne en carne,
de deseo en deseo,
hasta que el sueño torpe se nos apaga
 - el sueño tan sólo es sueño-
y abandona en la noche al rendido espíritu.
Pero el tiempo pasa y nos devora
con su ritual de años transcurridos
y aquella imagen de niño que habitaba en ti
perdió, tiempo ha, el dios de la ilusión
dejándose acompañar ya de tu cuerpo naufragado.
Y así, desbordado de vacío,
vives tu otoño en el claustro de tu propio tiempo
buscando poner en riguroso orden
todos los vocablos del mundo
 en tu insignificante poema...
Demasiada poesía para los cielos de siempre.
Hoy, créeme, tan sólo tú eres,
al ayudarme con mi carcomida cruz,
 - como en un mimo sin ruido -
 el refugio vivo de la música de mi vida.

14

Vivir es sólo una costumbre.
Vivir es vivirse en ella.
Vivir es florecer hacia el vacío
y encerrar tu vida en la cárcel de sus horas
mientras preparas, solícito,
los clavos de tu propio ataúd.
Y mientras todo llega
vistes tus mejores trajes de lujo,
lanzas tus campanas al vuelo,
entonas tus mejores romanzas
hasta que delante de ti estalla el viento
y las estrellas de tu cielo se derrumban...
Pero a veces el guardián de la suerte se duerme
y el destino se atreve a olvidar que es destino.
Entonces, como en un juego de pasión en el espacio
- desnudando leyendas -
brota espontáneamente en tu tiempo
el inefable éxtasis de un amor inesperado,
sorpresivo, arrollador, luminoso...
y te aferras a su redención abandonándote a su atracción imperiosa.
Y es que a veces, sólo a veces,
el arco iris se deja ver en tu personal cielo.

15

No hay ya tiempo que perder
vamos paso a paso hacia el infinito.

16

¿Por qué entraste en mi destino?

¿Qué o quién te forzó a ello?

¿Quién te puso en mitad de mi existencia?

Ahora eres ya un habitante más de mi tiempo,

un escalofrío en mi música olvidada,

el sortilegio cautivador de este hijo pródigo,

el polvo de mi arrumbado y perdido libro,

la parábola de mi más íntimo verso,

el faro salvador de mi pertinaz neblina,

el alegre pájaro de mi risa...

Aunque mañana fuera el fin del universo

y el mundo me hubiera cambiado de lugar

arrancando de mi calendario ya todas sus hojas...

tú seguirías siendo ese cielo azul

del que nacen todas mis lluvias.

¿Qué más podría ya haber para mí

que tú y el secreto al que perteneces?

Mientras pueda decir tu nombre no moriré.

Ni tú tampoco.

Por todo esto, te lo pregunto una vez más:

¿por qué y para qué entraste en mi destino?

¿No me contestas?

17

Cada vez que tu cuerpo
se derrama en íntimas humedades;
cada vez que el temblor invade tus labios
al pronunciar, entonces, mi nombre;
cada vez que tu mirada perdida
naufraga entre el vértigo y la opacidad;
cada vez que tu cuerpo respira oscuro
latiendo sin ritmo ni vergüenza ante mí...

¡vuelves a hacerme hombre!

Y yo, perdida ya la noción del alba, te busco
y habito de nuevo tus entrañas jugando contigo
en los confines del día que ya se avecina...

Y tú, gozosa y sin apenas pretenderlo siquiera,
me acoges de nuevo en tu centro

húmedo ya por mi tránsito.

Oigo tu llamada. Siento en mí tu llamada.

Descifro sus signos. Traduzco sus claves.

¡Tú me enseñaste a ello!

La oigo cada noche con su poso de sombra,
con su complicidad animal, con su glorioso ascenso.

Por eso cada día, al amanecer, me alejaré gozoso de ti

porque huir en el amor es volver

y volver es amar para siempre.

18

Amar es transgredir la norma del otro.
Amar es entrarse en su vida arrasándola,
haciendo de su verdad ilusionada mentira,
compartirla,
descodificar sus silencios,
componer entre los dos una particular jerga
para los juegos de carne y cama,
acompañarle, solícito,
en su naufragio vital de cada mañana
y hacer bailar su alma entre tus pies
como un insecto
alrededor de la impenitente claridad
de tu luz.

Pero el amor es humano
- soplo divino para algo tristemente humano -
y puede llegar un día cualquiera
en el que su poesía se marcha,
su ilusión se quiebra, cierra sus puertas
y se apaga su música, su mejor música...
Entonces abres los ojos, escuchas tu sangre,
la mentira vuelve a su verdad con su misterio de carne
y contemplas horrorizado
que todo, incluso lo vivido, permanece aún
en el mismo sitio.
¡Qué cruel es el amor brillando ya en otro plato!

19

Solo vine.

Con frío en el pecho vine.

Hasta que un día, sin permiso,
me abordaron tus palomas mensajeras
volando en círculo, circunscribiéndome a ti.

Hay cosas que no se pueden explicar
que no tiene sentido describir
pero que desinstalan de tu alma el vacío continuo
para darle alegre nombre a la plenitud.

¿Ves lo que has hecho de mí?

Me llevas de manos atadas, presa ya mi voluntad,
a ese naufragio buscado
en la inmensa cuna de tu mar.

¡Ay, si pudiera decir todo lo que siento!

¡Qué importa! Da lo mismo.

Me esfuerzo en descifrarte inútilmente
porque tú sólo eres música: tu música.

Te siento latir tan cerca, tan viva,
que llenas, rebosas, con tu presencia
mi primer vacío de cada noche.

Y a veces mi reloj, evocándote en mis soliloquios,
hasta se olvida de dar la hora.

Tu recuerdo es a la vez

- lo acepto -

mi juez, mi testigo y mi guardián.

20

Bajo cada mañana
al mundo que me contiene
y contemplo feliz
cómo tú nunca de él te fuiste.

21

Huido de peregrinaciones de tantos mundos,
de tantos cuerpos...,
traspasando límites,
burlando fronteras,
eludiendo leyes,
construyendo secretos

llegué hasta ti, mujer.

El mar, los vientos, el tiempo, los montes,
los rumbos, los cielos... no tienen nombre.
No saben que son agua, aire, momento, tierra,
dirección, bóveda...

¿Acaso el mar no reconoce al viento
en su simple soplo?

¿Acaso el viento necesita del rumbo
algo más que su índice?

No tienen nombre... ¡no lo necesitan!
si acaso sólo los apellidos que el hombre les dio.

Por eso no quiero que tengas nombre.

¿Para qué quieres tú un nombre?

¿Para qué necesitas tú de unas letras, de un sonido,
de una etiqueta bajo tu rostro?

Mi amor te reconoce muy por encima de tu nombre.

Eres tú, mujer...

¡ y me basta!

22

Hace frío.

Siento huir la luz. La noche llega.

Oigo tus pasos y el rumor de tu sombra en el espejo.

Tras la puerta los presagios se burlan

mientras que, a lo lejos, aúlla la luna en celo.

Imagen por imagen tuya de encendida visión

rompiendo en dos

el secreto en el que te escondes.

Y en tu embrujada boca adivinándose ya

la pasión prohibida de juego y carne.

La noche hace temblar al deseo.

El deseo tiene prisa.

La palabra se quiebra entre labios haciéndose gemido

y se desprende, al fin, rumorosa

inventando canción de amor entre los dos.

Y el deseo explota en el vértigo de su liberación

derramando suspiros a oleadas.

Del uno al otro. Los dos.

El tiempo acota la noche a campanadas

anunciando tu marcha.

La hora se hace cifra y la noche vuelve al silencio.

La nada vuelve a ser nada.

Y sin embargo alguien vendrá.

23

Como su fin último
las aguas buscan su mar.
Y con él se hacen de nuevo marea, ola, espuma, vaivén...
Las horas también buscan su propio tiempo
y en él se hacen de nuevo vivencia, instante, momento...
Tú eres el agua de mi tiempo
y esa espuma viva
 que morirá conmigo
 cuando mi último verso haya sido cantado.
Cuando mi barca se aleje en mi solsticio final
desapareciendo en la concavidad de su última ola
se batirán al viento mi adiós y mis poemas
 vuelta la mirada hacia tu playa...
Y desde ese mar del que nunca se vuelve
entonaré estrofas de sal para la afilada dama de negro.
Pasarán mis días.
Llegará mi noche.
Descargaré mi cruz, aliviaré mi espalda.
En los confines de Dios te esperaré eternamente.

(El amor siempre muere mirando hacia atrás).

24

Cerré los ojos, respiré verdad.
Oí campanas tocando a duelo
mientras cargaba a cuestas con mi propio entierro.
¡Ay! Edad, edad de años...
¡Qué desnuda verdad!
¡Demasiada mitología para un solo infierno!
Pero aquel primer "te quiero"
se alzó ante mí
cobijándose gozoso entre tus propias palabras.
Entendí, entonces, que eras posible.
Comprendí que en la desteñida carpa de mi circo
aún podrían volver a lucir, de nuevo, colores vivos.
Oí tu llamada y me dejé caer en tu sueño
aun notando cómo el invierno
voceaba ya tras mi cancela.
¿Demasiado tarde?
Como toda respuesta dame la mano
y juntos
volvamos a nacer fuera ya de toda muerte.
Hoy, tan sólo componer deseo contigo
este epitafio:
"Desnúdate".

25

Pongo nombre a mis días,
edifico mi destino.

Mi ángel guardián es un ángel de tiempo.

26

Soñé contigo caminos en el aire,
dejé abiertas para ti las puertas de mi casa,
peregriné de ciudad en ciudad buscándote
y, como un rumor distante, seguí tu estela
en mi particular firmamento.

Un ciego a tientas camina
y mientras camina sin ver presente, adivina, vive...
con su guiño quebrado
y esa sonrisa de niño al sol
mientras que yo, muerto de inviernos,
te esperé siempre, ¡siempre! al límite de la inocencia.
Y como todo lo que está escrito, llegaste
- ¿o llegamos? -

en ese juego de luces de mi trasnochado otoño,
sentándote a mi diestra
y despojando así de todo sentido a mi anticuado tiempo.
No sé todavía qué nombre darle a todo esto.
La tierra gira y sigue girando
mientras siento el ojo de Dios que me vigila.
Y es que a veces, sólo a veces, en la vida sale el sol
y, atravesando años,
intentas amaestrar tu tiempo
huyendo desde la monotonía hacia el vértigo.
Tú y yo en medio del universo...

¿En dónde estás Amor?

27

Ya he vivido mucho pero...

aún es pronto para ponerse de rodillas.

Aún es pronto para propagar noche

en la cuesta abajo de mi vida.

Aún puedo gritar en medio del cielo

que quiero amanecer contigo

y domesticar para ti la eternidad.

Aún tenemos que contar juntos los pliegues del mar,

apagar los temblores en tus sueños,

disimularnos en mil secretos,

anudar los senderos que, todavía, se entrecruzan

para aunarnos en un solo camino

mientras brilla en nuestros ojos idéntica luz.

Amar.

Huir.

Abandonarnos una y otra vez...

Seamos luciérnagas en la noche.

La noche.

Nuestras noches.

Pronto caerá el telón, se apagarán las luces...

No hay salida de urgencia.

(La eternidad es una diosa desnuda).

28

El tiempo será la cruel guillotina
de los lazos que nos unen.
¡Ay! el tiempo, este maldito tiempo...
¿A dónde irán nuestros días?
¿Qué se hará de nuestras noches?
¿De qué color será la indiferencia?
Tú y yo eternos y... ¡tan efímeros los dos!
Ya sin presente,
con un antes sin después
y el buitre del olvido danzando en círculo
sobre ese nuestro mundo que creíamos inmortal...
Redoblan mis latidos
cuando creo escuchar el sordo rumor
de tantos recuerdos compartidos
enterrados, uno por uno,
bajo los escombros del tiempo vivido.
Nos ahogamos poco a poco en un mundo de naufragos.
Se suceden las imágenes, se desvanecen las ideas...
Hoy por hoy prefiero dejarlo aquí.
Cerrémoslo todo en honor a nuestra noche última.
Ven.

Tengo hambre de ti.

29

Pienso en esa noche. Aquella última noche.

Tu rostro se iluminó radiante

mientras traías contigo todo el secreto

en el que te dabas.

Y yo, solícito, corté una a una todas tus rosas,

recorrí los cuatro horizontes de tu cuerpo

con mis manos

y anduvimos por última vez juntos esa aventura

que entre los dos creamos y que allí murió.

Inútilmente intentamos sin conseguirlo

huir de nuestra propia vida,

de nuestro particular entorno.

Recreamos celosamente un mundo oculto para los dos

pero, ingenuamente,

dejamos el sendero andado tan lleno de hojas secas

que el viento las dispersó antes de recogerlas.

¡Cuántas cosas hemos de olvidar, Dios mío!

Pero ¿cómo olvidar el eterno murmullo

de tantos sentimientos encadenados a ti?

¿Por qué soy prisionero y a la vez tu carcelero?

¿Por qué no dices nada? quizás no haga falta.

El olvido nos envolverá poco a poco con su silencioso manto.

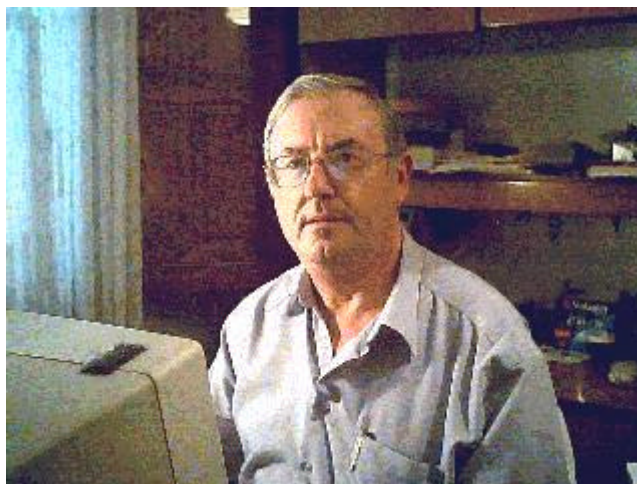
Sin ti me perderé, lo sé...

¡en los laberintos de la eternidad!

30

Todo principio tiene, al fin, su fin
y los recuerdos agonizarán con la memoria.
Por eso, cuando tú y yo ya no estemos,
cuando tú y yo ya nos hayamos ido...
alguien, un día, releerá curioso estos poemas,
nos llevará a la antesala de sus sueños,
hablará ***a propósito nuestro***
y entonces tú y yo
- juntos de nuevo en ese instante -
nos viviremos otra vez,
escondidos felices entre los vocablos
¡de estos fragmentados versos!

Es sólo cuestión de justicia.



Nacido en Totana (Murcia) en 1945, en plena postguerra, pasa su niñez y adolescencia como uno más de su generación, haciendo del día a día la necesaria escuela de la vida. Desde 1971 vive en la pedanía murciana de Javalí Nuevo, donde se siente totalmente integrado y aceptado. Empleado de Telefónica, se mueve siempre en un mundo donde la tecnología lo es todo y donde el mundo literario es algo distante y desconocido. En 1990 y por casualidad, se asoma al mundo de la poesía quedando atrapado en él.

En 1999, liberado laboralmente por una temprana prejubilación, acomete ya sin reservas su tarea literaria, iniciando su labor de recopilación y publicación de la obra escrita sin olvidar por ello la tarea creativa.

En este último tiempo de actividad literaria ha participado en diversos concursos, obteniendo los siguientes reconocimientos:

Primer Premio de Poesía VII Certamen Literario "La Cárcel"-Totana 1999.

Primer Premio de Poesía VIII Certamen Literario "La Cárcel"-Totana 2000.

Primer Premio de Poesía A.A.C Ciudad de Alguazas- 2000.

Últimamente ha dado recitales poéticos en diversos locales como "La Puerta Falsa", Asociación Adecu, etc

a propósito nuestro

FIN